PRESENCIA

"CAOS MORAL Y MATERIAL"

En su discurso de la ciudad de Olavarría habló el señor Presidente, repetidas e insistentes veces, del "caos moral y material" en que está sumida la nación. Pero lo que no atinó a decir allí es que este caos va en sensible aumento desde el 13 de noviembre, en que tomó él las riendas del poder. Caos que va en crecimiento porque las pocas instituciones que se mantenían con alguna organicidad se han ido disgregando, mientras no se han edificado otras nuevas. Caos significa confusión y es el estado en que se encontraba primitivamente la creación, antes que Dios la organizara y le impusiera forma y orden. Reina ahora un caos mayor que antes, porque el proceso de disgregación ha ido en aumento por efecto de la política gubernamental. Y es ya tan evidente este estado de confusión que se hace sensible al mismo señor Presidente, que no se mostraba hasta ahora muy dotado para captarlo.

Nosotros, que venimos desde hace meses denunciando el estado caótico producido por el gobierno, no vamos a volver sobre lo dicho. Sólo vamos a llamar la atención sobre algunos hechos últimos, que revelan cómo el gobierno crea el caos.

La primera cuestión es la de *los salarios*. Decía Prebisch en su *Informe Preliminar*, publicado en diciembre de 1955: "No creo que el remedio esté en continuar la inflación. Si se me ha llamado por estos tres meses a dar mi opinión técnica, supongo que no ha sido para escuchar de mí la misma fórmula que ha conducido el país al desastre en que hoy se encuentra. Esta fórmula es el aumento masivo y periódico de los sueldos y salarios: es una ilusión colectiva, es un trágico engaño a las masas populares. Suben los sueldos y salarios y en seguida suben los precios".

A un año de esta afirmación, he aquí que el gobierno provisional produce un aumento de salarios de un 40 % de promedio. Y es éste un aumento que no puede ser absorbido por el beneficio de los empresarios. Un sencillo cálculo, que hemos hecho ya en nuestro editorial del 24.8.56, así lo demuestra. Porque actualmente los salarios representan el 55 % de todos los ingresos del país. Si se aumentan en un 40 % alcanzan el 77 %. Del 23 % restante hay que deducir un 11 % para reponer capital. Queda así un 12 % —a todas luces insuficiente—, para satisfacer los ingresos de todas las profesiones, rentistas, pequeños y grandes empresarios. Luego, la consecuencia lógica es que los aumentos de los salarios se van a trasladar inevitable e inexorablemente a los precios.

La suba de la vida que está en camino, y que ha alcanzado un 18,2 % en lo que va del año, según cifras oficiales (*La Nación*, 19. 12.56), va a experimentar de golpe un fuerte aumento que se puede calcular en un 20 % más. Es decir que la política del gobierno va a producir una inflación casi del 40 %, cosa a la que no se vió nada parecido en los años del gobierno anterior. Mientras tanto los consumidores podrán compensarse con autos extranjeros baratos, pues los automóviles van a bajar de precio debido a la reducción progresiva del fuerte impuesto que pesa sobre ellos. Es claro que la industria nacional del automóvil sufrirá el consiguiente detrimento y es claro también que la nafta, reducida ya a consecuencia de la cuestión de Suez, deberá aumentar sensiblemente de precio o ser sometida a racionamiento.

Lo importante es advertir cómo la política económica del gobierno se encarga de producir el caos. Porque se dice o se intenta una cosa y se realiza otra, que es precisamente la contraria. Así, por ejemplo, hace un año se habló de disminuir el número de los empleados públicos no cubriendo las vacantes que se produjeran, y luego se han multiplicado los puestos públicos en todos los ramos de la administración, con lo que el frondoso aparato burocrático está en su apogeo como en los mejores tiempos.

Pero no hay que asombrarse del caos que produce el mismo gobierno cuando se oyen los conceptos de los ministros que tienen en sus manos la conducción económica nacional. En las declaraciones que formuló el ministro Blanco y que aparecen en *La Prensa*, 11.12.56, dice éste: "Respecto de las exportaciones el país no puede vender sino a precios competitivos y, si la tendencia del mercado internacional es bajista, habrá que exportar mayor tonelaje para hacerse de divisas indispensables a la economía nacional". O sea que el ministro que *conduce* el proceso económico empieza por aceptar que éste es impermeable a toda conducción y que los precios se imponen en forma inexorable. Y ello es verdad sólo dentro de ciertos límites. Si hay *baja* en el comercio internacional es generalmente por efecto de la especulación. Y el país debe hacer oír su voz en los organismos internacionales para que se restablezca la justicia en los cambios. Además no debe contribuir a crear los precios bajos echando a un mercado bajista un volumen *excesivo* de productos.

Sabido es que en los diez primeros meses del año 1956 se ha obtenido, con igual volumen de exportación, un 72 % de los precios que se obtuvieran en los diez primeros meses del año 1950, que fué un año normal. Después de Suez la situación ha empeorado a este respecto. Resultado: que a causa de estos precios internacionales ruinosos el país se ha perjudicado por un monto de 250.000.000 de dólares.

En el problema de las carnes es significativa esta política. En los diez primeros meses del 55 se exportó por un volumen de 304.000 toneladas haciendo un precio de 164.000.000 de dólares. En iguales meses del 56 el volumen fué de 464.000 toneladas y el precio 194.000.000 de dólares. Resultado: que los precios ruinosos significan una pérdida del 20 %. En octubre del 56 se han exportado 48.600 toneladas contra 40.600 en octubre del 55. Los precios han sido respectivamente de 20.700.000 y de 19.600.000 dólares. Es decir, de un 20 % menos.

La política inconsulta de aumento excesivo en los precios agrícolas ha determinado que los hombres de campo hayan sacrificado con exceso cabezas para vaciar campos y dedicarlos a la agricultura, para aprovechar la ventaja de precios.

Según las "Informaciones oficiales del Instituto Nacional de Carnes" (abril 1956), las cabezas faenadas en el 53 fueron 7.896.000 y en el 54, 8.133.000 y en el 56, según estimación, 10.800.000, es decir más de 2.000.000 en exceso. Esta mayor oferta de carne ha determinado, como es lógico, una consiguiente baja de precios, en beneficio de los mayoristas y de las cadenas de carnicerías de Inglaterra, teniendo en cuenta que las cabezas faenadas para la exportación fueron 927.000 en el 53, 973.000 en el 54 y 2.400.000 en el 56.

La caótica política gubernamental está empeñada —parece ello increíble— en convertir al país de semiindustrial en agrícola-pastoril. Se puede aducir una serie de hechos que demuestran esta política y que, por supuesto, tienen más valor que las antojadizas palabras del Ministro de Hacienda. Son éstos: a) el intento por eliminar al Banco del Crédito Industrial; b) las groseras declaraciones del Ministro Mercier contra nuestra industria hechas ante una delegación de fabricantes de fertilizantes; c) la inhabilitación de industriales; d) la interdicción de grandes empresas industriales; e) la eliminación del mercado al sur del paralelo 42 a nuestra producción industrial; f) caos del mundo gremial obrero; g) cambio de 35 para materias primas que entran en la fabricación de objetos de consumo, cuya importación se autoriza a 18.

La desastrosa política económica trae confusión y caos en el vasto sector de la riqueza nacional. Pero el sector social ha sido igualmente confundido. Parece increíble que un ministro torpe como Migone haya podido estar durante meses al frente de un Ministerio tan importante como el de Trabajo y Previsión. Ni sus amigos y partidarios que le llevaron al Ministerio se animaron a defenderlo. Ello no obsta para que el gobierno le encomiende, luego de su ruidoso fracaso, nuestra representación en las Naciones Unidas en este difícil momento internacional. Mientras tanto el Ministerio de Trabajo sigue sin titular. La Confederación General de Trabajadores intervenida, después de un año largo, y habiendo el Presidente, en su discurso del 1º de Mayo en Paraná, prometido su pronta normalización. Intervenida además por un hombre tan incapaz que comienza por declarar que su intervención en ese organismo social reviste carácter de gestión militar.

La huelga metalúrgica, que se prolonga desde hace más de un mes sin que gobierno, patronos ni obreros la quieran, es señal inequívoca de este estado de confusión en que el país marcha a la deriva.

El caos social se traduce en los millares de dirigentes gremiales y obreros perseguidos, secuestrados y encarcelados. El atropello a toda norma jurídica llega al caso inaudito de perseguir y secuestrar a familiares y vecinos, como por ejemplo en el caso del metalúrgico Ledesma: yendo en su busca la policía de la Provincia de Buenos Aires, y no encontrándole, se lleva-

ron no sólo a su mujer e hijos y a sus ancianos padres, sino también a toda una familia de vecinos que vivían en la misma casa, teniéndoles detenidos durante veinte horas. Y se ha dado incluso el caso de privar de su libertad a niños de corta edad, como los hijos del ex ministro Cerrutti Costa, de 9 y 7 años.

El caos económico y social que vive el país está causado por el caos político que reina en las altas esferas del gobierno. De este caos dimos cuenta en nuestra nota *Confusión siniestra* del último número de PRESENCIA. Pero posteriormente se han producido declaraciones del señor Presidente provisional que aumentan esta confusión. En el curso de una misma declaración (*La Prensa* 16.12.56) el Presidente afirma que en el año próximo el gobierno llamará "a constituyentes le guste o no le guste a algunos", y luego dice que "dentro del año próximo, el gobierno va a llamar a elecciones constituyentes, pero si siguen creando problemas de orden político y fabricándose conflictos artificiales, el gobierno habrá querido hacerlo y no habrá podido". Pero, ¿en qué quedamos? ¿Cómo armoniza el Presidente ambas proposiciones? ¿No le habrá traicionado el subconsciente al señor Presidente, dejando traslucir propósitos de continuismo en el poder?

Lo que es peor, este caos se traduce en las mismas fuerzas armadas. A nadie se le oculta que hay marinos y militares, de alta graduación, presos por motivos políticos y, sobre todo, que existe toda una rivalidad por hacer prevalecer un arma sobre otra. No sería de extrañar que esta política caótica, que alcanza a las mismas fuerzas armadas, acabase por llevar al país a una estéril lucha fratricida.

Los hechos revelan cada vez más que la única salida aceptable para esta situación es llamar cuanto antes a elecciones presidenciales, dentro del marco de la ley Sáenz Peña, y dejando amplia libertad a las grandes corrientes de opinión en que se reparte el electorado.

PRESENCIA.

PARTIDOS Y REPRESENTACION

El país se encuentra hoy, como tantas veces lo hemos dicho en estas páginas, en una de las más graves encrucijadas de su historia. Este lugar común no es ya sólo muletilla de los que critican la gestión del gobierno provisional sino, incluso, explicación que de la actual situación da el más destacado vocero oficial: en efecto, en su último discurso pronunciado en Olavarría, el Presidente de la República ha utilizado repetidas veces, como calificativa del momento, la palabra "caótica".

El país está, en efecto, en una situación que se acerca peligrosamente al caos. La situación económica es gravísima, la situación social se ha vuelto ingobernable y la conducción política no acierta a conciliarse con la realidad. Este último es, desde luego, el mayor de los males ya que la política, pese a lo que se diga, tiene su legalidad propia y condiciona todos los otros aspectos de la convivencia social.

El panorama político se presenta hoy como una realidad compuesta de diversos planos: gira por un lado esa especie de sistema planetario de poder que es el gobierno, integrado por una serie de distintas esferas con mayor o menor gravitación propias; por otro lado los partidos políticos afectos al gobierno; por su cuenta los que no han todavía roto lanzas definitivamente; por último y a través de sus innumerables matices, la oposición independiente que se hace cada vez más universal y que busca su cauce propio.

Como los partidos políticos van a tener una importancia gravitante en el futuro inmediato, vamos a considerar su perspectiva actual y el problema del régimen de representación política que a ellos tanto se vincula.

Los partidos políticos en el momento de la revolución

Al producirse la revolución de setiembre, era una verdadera incógnita la real situación de los partidos políticos tradicionales.

El régimen peronista había corroído de la manera más profunda sus estructuras y ello por diversas razones. Aparte del hecho real de que ninguno había sabido hacerse vocero e intérprete de la revolución que necesitaba el país, la muy especial contextura del estado peronista había impuesto una difícil prueba a los partidos de estructura clásica. El régimen anterior significó, por una parte, una forma especial de estado de dinámica totalitaria que al no llegar nunca a perfeccionarse y a imponer por ende una estructura política a base de partido único, combatió a los partidos de estilo liberal en su propio terreno; es decir: en el de las convocatorias electorales. Si comparamos con la nuestra la experiencia fascista, hemos de notar que el estado italiano permitió una salida muy rápida de la crisis del régimen, y casi inmediatamente después de concluída la guerra, las estructuras partidarias se recompusieron con relativa rapidez. Esa situación no se ha dado entre nosotros porque la misma forma democrática conservada por el sistema peronista, y el recuerdo de contiendas electorales que están aún muy frescas, mantuvo la cohesión de un gran sector de la población —creciente al compás de los desaciertos del gobierno— que no encontraba ubicación en ninguna de las formas que se le ofrecían.

Por otra parte, es fácil de comprobar el evidente paralelismo que existe entre la solidez de un régimen de partidos políticos y la importancia de las instituciones legislativas, de los parlamentos. El gobierno peronista corrompió de una manera muy especial el prestigio de nuestro viejo Congreso, que se transformó durante largos años en un engranaje inoperante del régimen y que para vastos sectores del actual electorado argentino constituye tan sólo un recuerdo infantil. Por eso es lógico que ciertos sectores que tratan de recuperar sus perdidas influencias se esfuercen especialmente no sólo en restaurar el viejo peso y prestigio de nuestro Congreso, sino, incluso en acrecentarlo dando al futuro régimen constitucional una estructura en lo posible parlamentaria.

El desprestigio del Congreso ha contribuído de una manera imponderable en la progresiva desvitalización de los equipos políticos que desde la palestra parlamentaria se dirigían con mayor o menor resonancia a los públicos políticos argentinos.

Al producirse la revolución de setiembre que contó, sin duda, con el apoyo de toda la opinión sana del país y con la complicidad tácita de grandes sectores que comprendían la imposibilidad de que perdurara el verdadero estado de guerra interno —del que era en cierta manera cabal expresión la célebre criatura constitucional engendrada por los juristas de la tiranía— los partidos políticos volvieron al primer plano. Y ello por la sencilla ley, que también juega en la física política, de que la naturaleza odia al vacío. Reaparecieron líderes y figuras cuyo real contenido era entonces difícil calibrar y se incorporaron activamente a la vida política del país en las antesalas del poder revolucionario, o en actitud expectante frente a ellas.

Esa última actitud —la cauta expectativa— fué, por ejemplo, la de Frondizi que sólo muy a regañadientes aceptó el compromiso de contribuir en la gran tarea de la recuperación nacional. Y, por supuesto, después de que el golpe de estado del 13 de noviembre puso de manifiesto un cambio total del rumbo fijado a la revolución por las fuerzas que más habían contribuído a desencadenarla, la actitud de expectativa fué generalizándose y, poco a poco, transformándose en oposición que en muchos casos se ha hecho abierta al terminar el primer año de administración revolucionaria.

La crisis de los partidos tradicionales

Al mismo tiempo, se ha ido operando en la estructura de los viejos partidos —y también de los nuevos— un proceso de descomposición que, dejando de lado circunstancias ocasionales, obedece a una causa real que no es otra que la actitud de los dirigentes de lo que fué la oposición al peronismo, con relación al fenómeno revolucionario operado en el país durante la década anterior. Por un lado se admite el hecho de que en estos años ha sucedido algo y se asume lealmente esa circunstancia; por otro lado se intenta continuar con los viejos sistemas y con las viejas formas.

El caso es bien patente en el partido conservador —que aportó un caudal tan considerable de votos al peronismo de la primera hora— es que una fracción ha adoptado actitudes y consignas que el otro sector califica de demagógicas; pero que, obviamente, no son sino la consecuencia de la cabal comprensión de que las viejas estructuras no condicen con la realidad de la hora. Pero también el hecho es claro en las filas del radicalismo. Cuando los radicales de inspiración balbinista o sabatinista hablan de que se pretende introducir inspiraciones exóticas al ideario radical, dicen la pura verdad ya que la política de Frondizi, precisamente, intenta cambiar la vieja estructura radical que si era anacrónica en la época de Perón, hoy ni siquiera tiene la ventaja que para ciertos sectores significaba entonces su posición opositora.

Con menor intensidad se notan vestigios de las mismas actitudes en los partidos menores, aunque sólo en un grado relativo ya que su estructura poderosamente ideológica los incapacita prácticamente para ponerse en contacto con la realidad que los ha superado.

Los partidos y el gobierno

Por supuesto, esa misma actitud ante el problema de lo que se ha dado en llamar la desperonización del país, es lo que explica las actitudes diversas que los partidos políticos han asumido frente al gobierno.

A medida que el gobierno de la revolución fué revelando las tendencias estrictamente reaccionarias que gravitan en su seno, y al compás de la ocasional preponderancia de dichas tendencias, se fueron alejando de la línea oficial los sectores que intentan incorporar los años irreversibles de la década pasada.

Hoy la crítica se ha hecho violenta y estamos asistiendo a la formación de una verdadera oposición, en un frente nacional que integran fuerzas de muy diversos matices. Y la oposición tiene su perfecto sentido ya que la imparcialidad del gobierno se ha visto cada vez más comprometida por medidas y maniobras que hacen difícil la confianza en la gestión de los hombres de la revolución.

Si el gobierno hiciera bien claro y evidente su propósito de jugar limpio y de contribuir a una rápida normalización democrática del país, serían razonables las admoniciones presidenciales y las quejas de los sectores del oficialismo contra la demagogia y la crítica "destructiva" de los que hoy protestan tan duramente. Pero es que las tentativas continuistas se hacen cada día más evidentes y a partir del momento en que un gobierno comienza a pensar en su sucesor y a tratar de digitarlo con habilidad mayor o menor, el nacimiento de una verdadera oposición es inevitable, por la sencilla razón de que el gobierno comienza a pertenecer a un partido.

El gobierno de la revolución ha apostado a una carta política —lamentablemente minoritaria y condenada al fracaso y a la inanidad— y desde ese momento la defensa y la lucha contra el continuismo genera una oposición con todas las características de las que enfrentan los go-

biernos constitucionales y con el agregado de la difícil justificación ética del régimen que traiciona los postulados que lo llevaron a un poder ocasional.

La política del gobierno

Orientado de una manera cada vez más evidente en la línea política de los partidos liberales y minoritarios y decidido a manejar la política de tal manera que la herencia recaiga en "buenas manos", el gobierno intenta montar una estructura política que facilite el triunfo de las minorías portadoras de la ideología oficial.

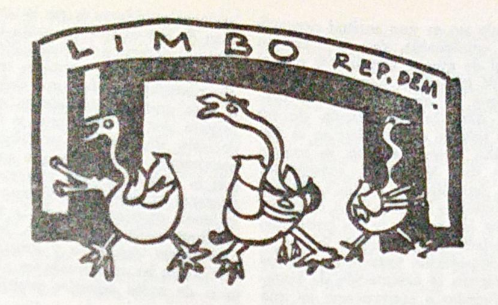
Partiendo del innegable principio de un buen orden político que reclama la protección de los derechos de las minorías, se intenta conducir al país a una situación en la que los que gobiernen sean, ni más ni menos, que los grupos minoritarios. Tal es, por supuesto, el sentido de la tentativa de restablecer el régimen de representación proporcional y tal es, también, la razón de ser del globo de ensayo que se intenta lanzar con la convocatoria a la convención constituyente.

En su discurso de Olavarría, el Presidente de la República ha dicho que hay que tratar que el país no se encuentre en adelante sometido al capricho del titular de un ejecutivo fuerte y hay que fortalecer los "poderes democráticos", es decir, el legislativo y el judicial hasta transformarlos en los efectivos titulares de la soberanía. El hecho de que se intente negar, indirectamente, el título a los merecimientos democráticos al poder ejecutivo, aparte de ser la negación de la realidad más evidente —si es que se entiende todavía que la democracia tiene connotación mayoritaria— es índice de que lo que se pretende es establecer la supremacía de los órganos donde más fácilmente puede hacerse sentir el peso de minorías hábiles y audaces.

El problema de la representación proporcional merece, sin embargo, una consideración más detenida ya que sectores a los que no se puede negar, sin más, buena fe, se declaran decididos partidarios del sistema. Los argumentos en pro son bien conocidos: es el régimen que asegura una representación más perfecta, el que permite que todos los sectores de opinión tengan su representación en los organismos gubernamentales, el que más cumplidamente asegura que no gravitarán decisivamente en el poder las ambiciones y las prepotencias de sectores particulares de la colectividad, etc., etc. Por todo ello, aparte de las consideraciones ocasionales de este momento peculiar, el asunto merece considerarse detenidamente ya que lo que ahora se debate ha de tener proyección en toda la vida futura del país.

Democracia de doctrinas y democracia de intereses

Esos sectores de buena fe a los que nos hemos referido, creen que es un progreso en el sentido democrático, la instauración de un sistema que, como es la representación proporcional, asegurará que los partidos políticos sean agrupaciones de ideología coherente y no conglomerados constituídos inorgánicamente bajo el influjo de un hombre o de complejos de intereses. Se intenta, pues, oponer la orgánica democracia de principios a la democracia inorgánica de masas o a la —y se intenta dar a la palabra un cierto matiz de inmoralidad— democracia de intereses.



El poder y la gloria

El movimiento tiene, por supuesto, precedentes en los países que han mantenido una estructura bipartidaria como el nuestro. En los Estados Unidos de Norteamérica, como es notorio, el régimen bipartidario a través de cuyo cauce se efectúa el juego de la democracia norteamericana lo integran dos partidos que aparte de diferencias ocasionales y en muchos casos tradicionales más o menos importantes, están sustancialmente de acuerdo en cuanto a cuál ha de ser la orientación de la empresa nacional norteamericana y, desde luego, no presentan discrepancias de doctrinas que puedan calificarse como de importancia. Se trata más bien de conglomerados de intereses ocasionales, que se conjugan al compás de las circunstancias del momento y cuyo triunfo es decidido por un importante sector de electorado independiente cuya opción determina cuál de los dos viejos partidos ha de asumir la dirección de la política del país.

Hace varios años, la conveniencia de ese régimen fué puesta en duda por ciertos sectores de la intelectualidad universitaria —en la que, por cierto predominaban los sectores de ideología izquierdista— y que bajo el lema "towards a more responsible two-party system", abogó por una clara definición de los partidos políticos americanos y por la adopción, por parte de cada uno de ellos, de una clara línea doctrinaria que, a imagen y semejanza de los partidos políticos europeos, se evadiera del juego ocasional de los intereses y ofreciera al electorado una pauta segura en que fundar un voto convincente y responsable. Se entendía que la responsabilidad del sistema bipartidario estaba comprometida por la circunstancia de que no se supiera a ciencia cierta cual era la diferencia entre los dos partidos monopolizadores del voto ciudadano, que, como consecuencia, debía adoptar una pauta en muchos casos inconsciente y en todos los casos determinada por los grandes intereses que juegan detrás de cada contienda electoral.

El intento no prosperó y quedó como una simple aventura intelectual, registrada en los archivos de "The american political science review". El buen sentido de los hombres públicos americanos comprendía con toda claridad que la eficacia del sistema se basa, precisamente, en la circunstancia de que no hay grandes diferencias doctrinarias en los dos partidos. Como decía muy bien Bagehot explicando el éxito político de la Inglaterra decimonónica, "para que funcione el estado de derecho es indispensable que exista una base común de discusión".

Evidentemente, la situación de Francia es sustancialmente distinta. Allí predominan los partidos doctrinarios y demás está todo lo que se diga acerca de la inconveniencia del modelo francés, si se lo imagina trasplantado a un medio político como el nuestro.

Se habla de que, como consecuencia del sistema de lista incompleta vigente, muchos sectores de la población se ven obligados a votar, en lugar del candidato que sería de sus reales preferencias, el que en la práctica sea menos malo para no perder el voto. Si bien se piensa, esta solución de compromiso, previa a la elección de los titulares de los poderes políticos y hecha al calor de intereses más difusos y generales, resulta mucho menos peligrosa que los compromisos —o contubernios— a que se ven obligados a llegar los representantes de partidos que se encuentran trabados para gobernar. La representación proporcional impone, forzosamente, el compromiso político y lo pone en manos de un titular mucho más peligroso que el elector y que por supuesto está mucho más expuesto o es mucho más proclive a dejarse arrastrar por el juego de intereses inconfesables que el simple ciudadano que en su casa piensa votar por lo que resulte más conveniente.

El espíritu doctrinario no es conveniente para nuestro país y, sin duda alguna, a su nefasta influencia se han debido muchos de los más errados planteos políticos del gobierno de la revolución. Y es evidente que el modelo democrático a adoptar no tenemos porqué importarlo de afuera, ya que el que la Argentina adoptó desde un primer momento ha demostrado estar de acuerdo con la realidad nacional y cuenta con el aval del país más representativo del hemisferio.

Necesidad de una legitimidad democrática

Aparte de esos argumentos doctrinarios en contra de los partidarios de la "pura doctrina", cabe señalar que el país necesita ineludiblemente el juego de una democracia real. No pretendemos, desde luego, absolutizar el valor de la democracia que es una forma política como cualquier otra y proclive como la que más a planteos autoritarios y demagógicos. Pero lo que sí pretendemos los argentinos es un *gobierno legítimo y la legitimidad democrática se apoya ineludiblemente en el gobierno de las mayorías.*

Toda forma de gobierno tiene sus reglas de juego y es el respeto de esas reglas lo que hace la legitimidad de cada versión histórica de la misma. Se tiene que respetar por las minorías el derecho que tienen las mayorías de gobernar y se tiene que respetar por las mayorías el derecho de las minorías de llegar al poder, es decir de transformarse en mayorías. Estos son principios elementales, pero que en nuestro país tienen que recordarse a cada paso porque en todas las encrucijadas de la historia han sido desconocidos por los titulares ocasionales del poder y hoy corren, una vez más, el riesgo de ser dejados de lado por los que tienen las responsabilidades de la conducción.

La representación proporcional no tiene que ser el instrumento para que en el futuro inmediato se impida el ejercicio real del poder por las fuerzas populares que cuenten con la efectiva mayoría. No puede dejarse la decisión política fundamental al albur del pequeño grupo al que favorezca la ocasión y que esté dispuesto a venderla al mejor postor o a transformarse en freno para todas las realizaciones políticas o económicas que necesiten contar con su apoyo eventual.

Los partidos políticos desgastados apoyan el sistema porque les brinda la oportunidad de arrastrar su agonía llevando al Parlamento algún vocero de sus equipos encanecidos. Algunos nuevos partidos sostienen el principio porque temen, caso de no contar de alguna manera con el acceso a un pequeño segmento de poder en el futuro próximo, morir nonatos. Ni una ni otra pretensión merecen respeto si se las compara con las grandes conveniencias nacionales. Si un partido no conserva ya mensaje y se ha transformado tan sólo en un club donde se reúnen dirigentes desgastados, debe desaparecer; si un partido no está en condiciones de imponerse a la consideración del electorado es que no tiene nada nuevo que aportar y no merece haber nacido. La ley Sáenz Peña no impidió el acceso a los parlamentos argentinos de las figuras que por su personalidad o por la vigencia histórica de su mensaje representaban algo para el pueblo y así fueron parlamentarios Lisandro de la Torre y los socialistas. Si sus sucesores no se sienten con ánimo para la lucha y si los partidos políticos nuevos no tienen confianza en que su mensaje tenga algún sentido para esa gran masa ausente de conducción, no hay que hipotecar el futuro de

nuestro estado de derecho a una consideración atenta tan sólo a lo que en realidad son intereses particulares y personales.

Un verdadero complejo de inferioridad

La doctrina de la representación proporcional se evidencia en este momento como una curiosa expresión de complejo de inferioridad de ciertas fuerzas. Por supuesto ese complejo lo comparte el gobierno y lo pone de manifiesto cada vez que a través de sus voceros fustiga a los "demagogos" y a los "candidatos apresurados".

Por una coincidencia que no es curiosa, sino trasunto de una común actitud ante la política, todos los partidos pequeños que aspiran a esta especie de estimulante póstumo, se unen en un escandalizado coro de pureza cívica para condenar las maniobras electoralistas de los que alientan el condenable propósito de llegar al poder. Desde luego que con tales protestas que implican una implícita manifestación de impotencia, firman su propio certificado de defunción política, ya que es lo natural que cuando se dedica uno a la actividad partidaria, aspire a llevar al poder a su partido. Y no puede hablarse de apresuramientos si se tiene en cuenta que no falta mucho para que llegue el momento en que el gobierno debe hacer efectiva su promesa y si se considera, además, que no hay ninguna razón valedera para estimular al gobierno provisional a que intente de alguna manera prorrogar su mandato.

Esas críticas a la actividad que apunta directamente al poder por un lado, y la desesperada defensa para no quedar fuera de carrera en los próximos comicios por el otro, ponen de manifiesto que las fuerzas que hoy cuentan con el democrático beneplácito del gobierno del General Aramburu muy poco pueden contar en el futuro del país: la propia confesión las incapacita para cualquier empresa.

Perspectivas del futuro régimen de partidos

En cambio la coincidencia en ciertos planteos políticos ocasionales entre los sectores de la opinión frondizista, nacionalista y conservadora abre perspectivas alentadoras para el futuro del país. No es que no haya entre ellas discrepancias: las hay e incluso puede decirse que son las únicas diferencias reales. Pero es tan importante la coincidencia en lo peculiar del momento y parece tan clara su sensibilidad por lo nacional y su voluntad por asimilarse a lo que decida el país real, que hay razones para alentar un prudente optimismo.

Por de pronto, la reacción contra la línea liberal antinacional, anacrónica y representativa de intereses minoritarios en todos los sentidos, incluso el financiero y el económico, pone una base de acuerdo que en el país nunca se había dado.

Es singularmente importante que los voceros de la derecha se hayan reconciliado plenamente con esa legitimidad democrática sin la cual el país no va a poder encontrar una solución política estable. Que un conservador fustigue el fraude no es una actitud demagógica condenable, sino la expresión cabal de que se comprende que el fraude ha sido el elemento corruptor que ha impedido durante muchos años la constitución de un gran partido de derechas en la Argentina. Como también es importante que la pasada experiencia haya sensibilizado en las influyentes minorías nacionalistas el respeto por las formas y los principios del estado de derecho. Y lo que es más importante todavía es que los que siguen la orientación de Frondizi lleguen a convencerse de que del otro lado se está dispuesto a respetar las reglas del juego.

También es importante el tono que está adquiriendo progresivamente la línea radical de Frondizi. El elemento inspirador y el peligro del movimiento es un nacionalismo proletarizante que en caso de imponerse sería raíz de futuros gravísimos problemas para el país, pero es probable que la deficiencia de factores reales de poder de que adolece Frondizi lo arrastre a una solución de compromiso que respete las reglas del juego y que podría derivar de la creciente influencia dentro del partido de los sectores representativos de la industria nacional.

Señalamos estas coincidencias y estas limaduras que las vicisitudes de las horas pasadas y presentes han impuesto a la rigidez de las primitivas posiciones, porque pensamos que esas dos grandes líneas, la de izquierda y la de derecha, han de enfrentarse ineludiblemente en el momento político que se inicia y porque creemos que no es conveniente a los intereses nacionales que se lleve a extremos peligrosos la polarización entre ambas tendencias.

Es evidente que hay una tendencia de izquierda y otra de derecha detrás de cada uno de los grandes planteos y que esa tendencia tiene su reflejo en actitudes diversas frente al problema internacional, a los planteos económicos, a las soluciones culturales, etc., etc. Pero aun así, es de desear que esas tendencias no se transformen en líneas doctrinarias coherentes y sin matices, es decir, en ideologías políticas sólidas, porque podría llegarse a una peligrosa división en la gran empresa nacional que todavía está esperando.

Ese peligro que señalamos no impide que asumamos el hecho de que así se da la realidad del país. Los hechos hay que tomarlos como son y los doctrinarios que intentan cambiarlos se dan indefectiblemente de narices contra la realidad. El hombre de la calle votará las grandes líneas y no se preocupará de matices; el hombre de la calle votará a favor o en contra del hombre y no se fijará con mucho detalle en las ideas ni pasará revista al programa completo de los partidos. Por eso es lógico y deseable que frente al hombre que se ha lanzado a la calle se enfrente otro hombre que permita que el voto de grandes sectores de la población no sea un no puro y simple sino una adhesión positiva.

Ambas líneas coinciden en su proclamada defensa de los derechos del hombre; en su decisión de acatar la voluntad de la mayoría; en su defensa de los intereses de los sectores populares y en la convicción de que la incorporación de los sectores obreros a la vida política y a la consideración social es un hecho plausible que hay que defender a toda costa; hasta ahora, en el respeto por el adversario y en la decisión de suscitar prácticas de convivencia ciudadana que acaben con la secular guerra interna que desgarra el país. El Gobierno provisional, representante de la tercera línea política en juego, la del liberalismo ideológico y antidemocrático, se ha constituído en adversario de todos aquellos postulados y con ello ha facilitado que los futuros adversarios estrechen filas y se sorprendan, por debajo de las grandes discrepancias, y de los temas de la lucha futura (que será la verdadera lucha política a corto plazo) coincidiendo en una serie de postulados que facilitarán la convivencia civilizada en la tierra de los argentinos. A lo mejor por esa circunstancia y, como el personaje de Molière, *malgré lui*, el gobierno provisional llega a tener, pese a todo, un buen lugar en nuestra historia...

CÉSAR HAMILTON.

LOS POLITICOS Y EL PAIS REAL

Basta con atisbar brevemente la literatura y la oratoria política de estos últimos tiempos en la Argentina, para descubrir una pretensión que se va generalizando a medida que la acción del Gobierno Provisional, inspirada en cánones arcaicos, se revela como inoficiosa para una conducción política adecuada; esta pretensión, común a cuantos hoy se candidatan como sucesores de la Revolución es la de interpretar las exigencias del país real. El mismo Gobierno, que no puede renegar de su función primordial de ser Gobierno de la Nación, trata de disimular su inoperancia para la interpretación del país real con continuas invocaciones a la democracia y al pueblo, que, de cumplirse en los hechos podrían encauzar su acción en un salida razonable del convulso momento político que vivimos.

Ahora bien, prescindiendo de la fortuna (o de la poca fortuna) con que la interpretación del "país real" se realiza, existe en casi todos los argentinos, hoy, un común anhelo de encontrar soluciones aptas para el país real. Las sucesivas crisis en la conducción revolucionaria, desde el 13 de noviembre hasta ahora son un índice de que, aún dentro del gobierno la atención concreta de los asuntos de Estado va enfrentando sucesivamente a sectores importantes de las fuerzas armadas con la necesidad de abandonar las estrechas ideologías que conducen la política oficial y que llevan necesariamente a la represión por la fuerza de una realidad que cada día se hace más potente; para buscar una salida institucional en que esa realidad pueda expresarse en un marco de orden y mutuo respeto.

Esta coincidencia de sectores tan dispares como pueden ser el frondizismo, el nacionalismo, el conservadorismo popular, en comprender la necesidad de interpretar al país real, ha sido acentuada sin duda por el Gobierno en su empeño de calificar como "demagogos" o "electoralistas" a quienes no hacen sino aplicar el abecé de la teoría política. La función pública, en efecto, no constituye sino la ordenación hacia el bien común de una materia social e histórica que vive, razona, tiene sentimientos, inquietudes, necesidades, variaciones y mil facetas recónditas cuya existencia es necesario reconocer (como el médico a su paciente) para que pueda ser eficaz, históricamente, la ordenación que se propone. Rehuída esa realidad cualquier forma de ordenación que se postule estará viciada de "utopismo" o de "ideologismo". Por eso es que no debemos extrañarnos de ver coincidir hoy en tantos puntos concretos a un Sr. Frondizi con un Sr. Solano Lima o con un Sr. Mario Amadeo. Se tratará de la cuestión constitucional y los tres nos dirán que es posterior a la cuestión de la renovación de autoridades; se tratará de la cuestión social y todos se pronunciarán por la pacificación y la amnistía; se tratará de la cuestión gremial y pedirán una C.G.T. fuerte y unida, dirigida por representantes auténticamente elegidos; se tratará de la cuestión jurídica y reclamarán el imperio del derecho y de las garantías individuales, la supresión de las torturas y la inmediata libertad de los detenidos políticos. Todas estas son cuestiones que un mínimo de realismo político sugerirá como de previo y especial pronunciamiento para cualquier ordenación que se intente. Por ello podemos decir que coinciden en el realismo político aún cuando luego comiencen a diferir en cuestiones que no hacen ya a la realidad, sino al modo de ordenación de la realidad, como pueden ser la del divorcio, la de la enseñanza, la del intervencionismo estatal en la economía, la política internacional, etc. Ya en estas cuestiones está en juego el principio de ordenación y en este punto la extracción de un Frondizi o de un Solano los coloca en posiciones inconciliables.

Junto al Gobierno, y en la vereda de enfrente nos encontramos también con un panorama de sorpresa que sólo la peculiaridad del actual momento político de transición puede justificar. Radicales, demócratas, socialistas, democristianos, demo-progresistas, etc., empeñados en negar doce años de existencia histórica que han configurado en muchos aspectos un nuevo "país real" quieren retrotraer las cosas al "statu quo ante", aplicando las ideologías en boga en el momento en que ellos dejaron de ocuparse del país. Para ellos no

existe materia ordenable (ya que esa materia ha escapado de sus manos), sino solamente principio de ordenación, y ese principio está inspirado en una moderada izquierda demo-liberal.

Pero quizá no sea lo más grave de su posición el color del principio que postulan (ya que sin duda el matiz rojo es mucho más acentuado en Frondizi que en Américo Ghioldi), sino la postura "ideologista" que adoptan y que se da de coces con un país cuyo gobierno tienen en sus manos por el momento. No podemos negar que nos sería quizá más fácil vivir en un país gobernado por la izquierda liberal (en el cual podríamos a lo mejor seguir escribiendo), que en el que nos propone la izquierda antiliberal. Cuando el demoliberalismo en nuestro país, estaba al día, es decir, cuando quienes sustentaban el principio demoliberal tenían a su vez puesta la vista en la situación histórica, el "país real" no repulsaba su conducción, y la estabilidad política era grande e inclusive en muchos aspectos, beneficiosa. Hoy, aun a riesgo de caer en el frondizismo no podemos aceptar su postura, que no es sino un semillero de malestar y de discordia, propicio al resentimiento colectivo y a las peores soluciones. Porque no lo aceptamos a Frondizi, preferimos el juego limpio de enfrentarlo cara a cara, a las inhibiciones e inhabilitaciones que se quieren imponer al país real. Porque en definitiva, la represión continuada que el "ideologismo democrático" está imponiendo al país real acabará por debilitar sus reservas morales y tradicionales para entregarlo atado de pies y manos a una política marxista y totalitaria (en el sentido moderno de la palabra). Cuando a uno lo obligan a usar calzado de medida más chica a la que le corresponde, acaba por preferir andar descalzo; si lo dejan elegir, probablemente busque la medida apta. Por eso la democracia es buena cuando no la fuerzan y cuando, como en nuestro caso, la fibra tradicional del pueblo es sana y enteriza. Si el Gobierno, en vez de alarmarse por la prédica demagógica del Sr. Frondizi, o por el riesgo del "retorno", o por la acción de los "nazi-fascistas"; dejara de ver "cucos" por todos lados, y comprendiera que todos esos "cucos" son las formas en que se expresan infinidad de anhelos y necesidades populares, en un país que vive en el año 1956, comenzaría a ocuparse de restablecer la paz y el bienestar común, de forma tal que, en ese ambiente propicio, el pronunciamiento electoral ofreciera perspectivas de estabilidad institucional para el país. Esa es la obligación primordial de una revolución hecha precisamente para el restablecimiento del juego institucional: obligación que comprendió claramente el General Lonardi y los grupos sucesivos de revolucionarios que, por haberla visto, fueron o están por ser desplazados del gobierno.

Ciertamente, la posición política de la izquierda liberal ha llegado en nuestro país al momento crucial que ya hace mucho se ha planteado en otras naciones. Es el momento del dilema hamletiano. La pulverización social que opera el postulado liberal, unida al principio democrático electivo, conduce al momento necesario de la democracia popular en la dirección de los países de la cortina de hierro. Las premisas exigen la conclusión. Pero, los hombres que han vivido la edad de oro del liberalismo y que aceptan las premisas democrática y liberal en el orden de lo ideológico retroceden cuando la historia les impone las consecuencias fácticas de sus ideas. Otros hombres recogen así su siembra y ellos quedan perplejos contemplando la estructura del dilema sin acabar de comprenderlo. Su perplejidad y su utopismo ante la realidad, su desasosiego ante los progresos de la izquierda avanzada, son semejantes al estupor del aprendiz de hechichero que quiso las causas pero que se llenó de temor en el momento de las consecuencias.

Quienes nunca hemos aceptado ni ideológica ni fácticamente las causas ni las consecuencias, y por lo tanto, estaríamos en condiciones de representar en la Argentina el más coherente frente de oposición a la política marxista, no estamos hoy perplejos ante un dilema como nuestros hermanos de la "siniestra" liberal. Sabemos que el pueblo no va a aceptar, en el próximo pronunciamiento, la elección de mandatarios perplejos porque está ávido de un sinceramiento político que le hace falta al país para recuperar su estabilidad y su vida institucional. Ese sinceramiento conducirá necesariamente a la elección de alguno de los políticos que hemos denominado "realistas" y al repudio definitivo del "utopismo".

Ahora bien, cuanto más prolongada y cruenta pueda ser la etapa del utopismo democrático que se inició el 13 de noviembre, y cuanto más se demore el restablecimiento en el poder del "país real" más difícil será el logro de una salida adecuada. Las deformaciones ideológicas de la izquierda liberal, en cierto modo están ya produciendo deformaciones fácticas en el "país real" de modo tal que, si la situación se prolonga no deberá extrañarse el gobierno de que el sinceramiento del país real —así deformado— se produzca en la línea del establecimiento del primer marxismo argentino, después del torpe ensayo de la última etapa peronista. Quienes hoy acusan la demagogia del Sr. Frondizi serán así sus más directos posibilitadores.

Para evitar todo el proceso marxista a la Argentina, proceso que reconocidamente tiene las etapas previas que hemos señalado y que culmina siempre con la esclavitud, la sangre y el fuego (como en Hungría), es urgente que el minuto que nunca acaba de señalar el General Aramburu, se convierta en muchos minutos antes. Sólo así las resistencias naturales de una nación de estirpe católica y poco propensa a los excesos podrán ahorrar el duro trance del comunismo nacional...

CARLOS ALBERTO QUINTERNO.

TRES EPISODIOS Y UN EPILOGO

Sobre el actual momento internacional publicamos los dos artículos que van a continuación, y que sustentan puntos de vista diferentes. Al lector corresponderá pesar las razones de uno y otro para hacerse una cabal idea de cuestión tan debatida. (N. de la D.).

I. *El frente moral de las Democracias*

Al término de la Segunda Guerra Mundial las potencias aliadas, con el objeto de establecer la convivencia internacional sobre bases de paz crearon las Naciones Unidas. Aunque dicho Organismo es imperfecto e incapaz de cumplir ciertos objetivos ideales ha llenado una misión sin precedentes al mantener un orden jurídico internacional que al mismo tiempo que dificultaba, al máximo, el uso de la fuerza y la agresión, creaba un verdadero Foro de las Naciones, con todos sus beneficios.

Colateralmente, las Grandes Potencias Occidentales han basamentado su posición de lucha contra el Comunismo en la defensa y propagación de los ideales democráticos: respeto del derecho, consolidación de la libertad, consagración de los principios de la libre determinación de los pueblos, la soberanía política, la independencia económica, etc.

La defensa y mantenimiento de estos principios, o su enunciación teórica, y la adhesión y respeto a las Naciones Unidas constituye lo que podríamos llamar el "Frente Moral de las Democracias" y único capital político-moral con que éstas cuentan para enfrentar y vencer al Comunismo.

Al ser nacionalizada por Egipto la ex-Compañía del Canal de Suez, dos caminos se ofrecían a las Naciones política y económicamente afectadas: el camino del derecho y el camino de la fuerza.

Desde un principio Francia y Gran Bretaña erraron el procedimiento. Frente a la tesitura legalista de Nasser, no escatimaron amenazas, juegos políticos con países más o menos obligados a Gran Bretaña y tergiversación de hechos y documentos. Dichas potencias se habían encerrado en un callejón sin salida.

Empero, inesperadamente, los vecinos de la Mancha, recurren al Consejo de Seguridad. En éste, el 13 de octubre y luego de varios días de intensas tratativas, un poco extrareglamentarias, se llega a un acuerdo, que todas las partes aceptan. El meollo de la cuestión, el principio de la internacionalización del Canal, había sido rechazado, triunfando la tesis egipcia de que el Canal era propiedad de los habitantes del Valle del Nilo. Al callejón se le había encontrado una salida en la liza del Derecho.

Quedaban, pues, por resolverse problemas secundarios, tales como la modificación de la Convención del 88, a fin de obtener garantías internacionales, contractuales, respecto al libre uso del Canal.

II. *Equivoca presencia de Occidente sobre el país del Nilo*

El 29 de octubre, a sólo dos semanas del Acuerdo del Consejo de Seguridad, los israelíes, con un pretexto equis, invaden la península del Sinaí.

La opinión mundial tuvo, de inmediato, la convicción de que la aceptación por parte de Gran Bretaña y Francia de la Resolución del Organismo de las Naciones Unidas había sido sólo una burla del Derecho y una "agachada".

No cabía duda que si el difícil Estado de Israel, comenzando a mostrar al mundo su agónica posición de esbirro de las potencias coloniales en una zona de borbotantes pucheros políticos y sociales, había invadido Egipto, lo hacía en connivencia con Gran Bretaña y Francia. En el sótano de la lealtad sionista del mundo entero resonaron coros de tristeza y confusión. No se trataba de una guerra judía sino de una guerra colonial.

En efecto, 24 horas más tarde los aviones de Gran Bretaña y Francia hicieron sentir sobre los barrios nativos —los barrios de extranjeros fueron respetados— la presencia equívoca de Occidente.

Mientras por una parte preservaban al pueblo egipcio del ataque israelí destruyendo, implacablemente, ciudades abiertas, sin respetar escuelas, templos y hospitales, masacrando, indiscriminadamente, ancianos, mujeres y niños, por otra aseguraban la libertad de navegación del Canal sometiéndolo a un bombardeo de 24 horas diarias, hundiendo embarcaciones sobre su lecho y obstruyéndolo.

El Ejército Egipcio, que había sido lanzado al Sinaí, para enfrentar a los israelíes, al ser atacado por la retaguardia por los "aliados policiales", se encontró encerrado en un enorme bolsón, con la única alternativa de forzar un paso a través de la "Cortina de fuego" del Canal para evitar el aniquilamiento.

A esto los israelíes llaman "la victoria más grande de todos los tiempos".

Luego comenzó la batalla del Canal.

Los ingleses dominaban el aire y el mar de una manera absoluta y conocían la zona mejor que los mismos egipcios: no en vano la habían ocupado durante más de 80 años.

El Canal no es muy extenso: unos 160 kilómetros. Pero los "tommys" no podían avanzar, la máquina bélica del viejo León, ya lleno de remiendos, se atascaba sobre los cadáveres del pueblo egipcio. Los "negros" habían hecho algunos "progresos"...

Y ahí se quedaron, en Port-Said.

Entretanto, el "frente moral de las Democracias" se cae a pedazos. Las Naciones Unidas chillaron. Se enojó Eisenhower. Condenó Su San-

tidad. Nada. Parecía que los ingleses estaban poseídos de una especie de locura, de borrachera. Los árabes habían comenzado a cumplir su amenaza contra las instalaciones del petróleo. Cien años de acción occidental en el Cercano Oriente comenzaban a tambalear. Nada. Eden quería más. Y lo tuvo. Es claro; tal vez con un rótulo con cara de laxante: Bulganin. Se sintió tocado y comenzó a portarse bien. Basta de tiros, evacuación, paz, respeto del Derecho. "El Frente Moral de las Democracias" fué restablecido por Bulganin.

Un coronel de los paracaidistas británicos, interrogado en Chipre por un corresponsal americano, expresó, entusiasmado: "It was like a bloody good exercise, a lot of fun and very enteresting" ("fué un ejercicio "sangrientamente" bueno, una gran diversión y muy interesante"). No cabe duda que la conciencia moral de la oficialidad británica ha progresado mucho últimamente...

Habían venido con las manos cargadas de bombas y se habían ido con las manos vacías, dejando detrás de ellos muerte, destrucción y odio.

Con gran orgullo y satisfacción, es cierto.

III. *La genial estrategia de Sir Anthony*

Tradicionalmente, el Cercano Oriente, o sea los árabes, han significado petróleo y centro de comunicaciones. Desde la aparición de los bolcheviques en la arena de la política mundial también los hombres comenzaron a significar algo.

Valores económicos se mezclaron con valores políticos.

Se trataba pues de asegurarse los abastecimientos de petróleo y mantener abiertas las líneas de comunicaciones comerciales sin perder la amistad de los pueblos que las poseían. Pero la mente de los cerebros del "Colonial Office" está ya endurecida. Siglos de látigo y dinamita han reducido las posibilidades intelectuales de los Selwyn Lloyd, Lennox Boyd, etc. Incapaces de una oportuna evolución no han sabido encontrar, en los últimos 30 años, los medios para obtener ambos objetivos y han descansado en la fuerza como única manera de mantener abiertas las líneas de comunicaciones y asegurados los abastecimientos petroleros.

Pero la negligencia, o mejor dicho, la incapacidad en lo político, constituían una seria amenaza para lo económico.

La cuestión de la ex-Compañía del Canal sometió a una prueba de fondo al Colonial Office y al Foreign Office.

En vez de escoger la política a larga distancia de las transacciones y el respeto del Derecho, Sir Anthony prefirió el corto pero escabroso camino de los tiros.

Sir Anthony tenía ante sí la grave responsabilidad del petróleo para la industria, el transporte y la calefacción de toda Europa Occidental, pero pudo más en él el revanchismo y el deseo de darle una lección a Nasser por sus desplantes de independiente.

Sir Anthony (¿para qué hablar de G. Mollet?) demostró no estar a la altura de las circunstancias.

La "acción policial" en Suez ha privado de petróleo a Europa Occidental y obstruído la vía de su comercio con Oriente.

No queda otra salida que el petróleo de los Estados Unidos. Pero Europa carece de divisas fuertes y tiene que pedirle a Norteamérica prestados los dólares que necesita para comprar ese petróleo.

Los Estados Unidos van a ayudar a Europa, ¿a qué costo?

Europa quedará más hipotecada aún. Y quien se hipoteca pierde autoridad y autonomía.

Casi podría afirmarse que la víctima de la irresponsabilidad estatal de Sir Anthony no ha sido Egipto, no han sido los árabes, sino Europa Occidental.

A su vez Gran Bretaña y Francia, aparte del daño ya señalado, encontrarán en el futuro cerradas las puertas del Cercano Oriente. Los árabes ya tienen bastante de ingleses y franceses.

Les resultará difícil a los corredores de comercio de esos países seguir vendiéndoles a los árabes hojitas "Gillette" y perfumes de Lanvin.

Además, el "frente argelino" se ha robustecido y seguirá fortaleciéndose. ¿Qué inventarán ahora los franceses?

Las relaciones entre Estados Unidos y sus mejores aliados están siendo remendadas. Pero nadie olvidará que Ike se negó a recibir una llamada telefónica de His Excellency.

¿Y la Alianza Atlántica?

¿E Israel? ¡Cómo han cambiado las cosas desde los tiempos mesiánicos de Herzl hasta el de las "tres bolas" de Ben Gurion!

La genial estrategia de Sir Anthony lo ha empequeñecido todo: Europa mendigando petróleo, Israel dando volteretas en el vacío y Bulganin restableciendo el "Frente moral de las Democracias".

En cualquier país del mundo ya estaría trabajando un nuevo gabinete para recuperar el terreno perdido, pero en el país de los "Torys" ahí sigue Sir Anthony afirmando que su "acción policial" fué justa y acertada.

Epílogo

En medio de la tormenta, un hombre afirma: "No podemos tener un derecho para nuestros amigos y otro para los que no lo son". Sólo Dios sabe cuánto debe la Humanidad a esa profunda y valiente convicción.

Sus dos mejores aliados y su amigo predilecto acaban de darle a Eisenhower un golpe por la espalda en momentos en que las urnas comenzaban a funcionar en los Estados Unidos.

Eisenhower supo ser mesurado en sus expresiones y firme en la defensa del Derecho.

El "Frente Moral de las Democracias" se redujo geográficamente y se agrandó espiritualmente. Los países con contradicciones coloniales habían desertado, pero los que quedaban habían salido de la prueba moralmente fortalecidos.

Gran Bretaña y Francia ofrecieron de pronto, un nuevo y magnífico blanco a la propaganda roja, pero los Estados Unidos cerraron la brecha.

Los hechos demuestran que únicamente la presencia norteamericana en esa zona del mundo pueden llenar el vacío que dejan el Colonialismo británico y francés.

De no poder los Estados Unidos cumplir con la misión histórica de conservar para Occidente la amistad de los pueblos de Oriente, Cercano, Medio y Lejano, no cabe duda que el Comunismo encontrará en esos pueblos un fácil campo de expansión.

Empero todo hace prever que el nuevo Humanismo estadounidense sabrá hacer amigos, allí donde no puede conservarlos el Colonialismo franco-británico.

El principal objetivo en esta fase de la guerra fría es ganar amigos y no enajenar la buena voluntad de los pueblos de Oriente, en beneficio de la URSS.

PEDRO CATELLA.

LOS JOVIALES MUCHACHOS DE WASHINGTON

John Foster Dulles, aparentemente restablecido de su grave dolencia, se reúne en París con sus colegas del Pacto Atlántico. De nuevo el optimismo está a la orden del día y, de ahora en adelante, Rusia no podría ejecutar un paso suplementario sin chocar con la oposición decidida del mundo libre. Después de tantas discrepancias, éste ha vuelto a encontrarse. Borrón y cuenta nueva. Hungría ha sido un pésimo asunto y mejor olvidarlo cuanto antes. Francia e Inglaterra, estranguladas en sus abastecimientos en carburante, vuelven al redil, y Nasser, salvado *in extremis* por el Departamento de Estado, se declara dispuesto a integrar las huestes occidentales. El asunto sirio no ha sido explorado del todo, de suerte que no hay que tomarlo demasiado a pecho, como hacen Londres y París, enceguecidos por su fracaso del Canal. El mismo Pandit ha pronunciado palabras muy duras para el Kremlín, y Tito, al pedir créditos suplementarios a Washington, demuestra su voluntad de integrar el sector democrático en el momento oportuno...

Mas, la verdadera enfermedad de que sufre el Secretario de Estado norteamericano no es aquélla de la cual los diarios nos han dado el detalle. Esa enfermedad, en efecto, no es sólo suya. Tanto como a él, aqueja al conjunto de la nación yanqui. Se llama impotencia e irresolución y, como un tumor maligno día tras día más incurable, paraliza todo el organismo occidental que, con las apariencias de la buena salud, se acerca al colapso final sin que los rusos tengan necesidad de apresurar los tiempos de su desintegración. Después de las magníficas jugadas de Budapest y de Damasco, el Kremlín puede prepararse con toda tranquilidad para su asalto final que recibiremos en plena euforia cuando los rusos consideren oportuno poner término a nuestro optimismo desarmado y satisfecho.

Sea cual sea el resultado de las reuniones de París, decidan los ministros allí congregados reestructurar el Pacto Atlántico en sus términos militares, económicos y políticos o reemplazarlo por algo nuevo; vuelva el mundo a los entretenidos ejercicios de la guerra fría o decidan sus geniales dirigentes consagrar partidas suplementarias a la lucha radiofónica contra el comunismo considerado como perverso en su inmanencia y su trascendencia; *les carottes sont cuites*, como dijo el general Weygand al asumir el mando del ejército francés en plena batalla de Dunkerque. El Pacto Atlántico está desintegrado irremediablemente, el de Bagdad falleció apenas nacido y no hablemos de la alianza del Pacífico que suscita la risa, incluso en el más espeso pescador de la isla Catanduanes. Norteamérica está enferma y nosotros con ella.

La diferencia es que, mientras nosotros conocemos el color de la salsa con que se nos va a comer, los alegres e infantiles planificadores del Pentágono y del Departamento de Estado, los profundos y vacíos pensadores de la Casa Blanca y del Congreso, están más convencidos que nunca de que el ejemplo brindado al mundo comunista por la inmejorable democracia estadounidense no puede tardar en surtir efectos demoledores entre Cortina de Hierro y Cortina de Bambú. Alejandro Kérenskiy, más vivo que nunca gracias al Supremo Arquitecto, se lo ha asegurado personalmente a Eisenhower y, todos los días, los "especialistas en asuntos soviéticos" de la universidad de Harvard vuelven a confirmárselo.

Todas nuestras defensas se han derrumbado. Nuestras divisiones acorazadas, nuestras flotas aéreas, nuestros superportaviones ya no sirven para nada. Nuestras bombas "A" y "H" se enmohecen irremisiblemente y se ha hecho patente que esos artefactos, en manos de los yanquis, sólo se utilizan para destruir a pueblos ya vencidos, jamás se ponen debajo de la nariz de un pueblo vencedor. Que, digan lo que digan, tal es la Unión Soviética en los momentos actuales.

El general Norstadt puede asegurar que las fuerzas de que dispone la NATO anularían a la *Krásnaia Armiia* en pocos días; Gruenther afirmar incluso que, en pocas horas, Rusia quedaría enteramente destruída; ambos mienten desfachatadamente, mucho más para tranquilizarse a sí mismos y para tranquilizar a sus compatriotas —que al elegir a un presidente republicano y a un Congreso demócrata, han dado pruebas concluyentes de inteligencia—, que para asustar a los rusos. Pregúntenlo un poco al mariscal Zhukov —"mi conmilitón", como dice Eisenhower— si se ha dejado impresionar por esas baladronadas. Ese Zhukov que espe-

raba el levantamiento húngaro para liquidar, al mismo tiempo que a los "fascistas" locales, a los comunistas rusos, y llevar así a cabo las operaciones de captación del aparato político soviético por las fuerzas armadas a las que encabeza. Pregúntenlo a Zhukov que, desde el 5 de marzo de 1953, día de la muerte de Stalin, esperaba esta oportunidad para agarrar todas las palancas del poder del Elba a Vladivostok y que sólo ha podido conseguirlo cuando su "conmilitón" yanqui ha encontrado conveniente ponerse furioso por la agresión del Canal, para no tener que mantenerse fiel a su compromiso solemne de 1952 de irrumpir con todas sus fuerzas en los países de la Cortina a la primera señal de levantamiento de los pueblos cautivos.

Quien escribe estas líneas no ha cesado un solo instante, desde 1948, de proclamar su adhesión a la política antisoviética de los yanquis. Ni siquiera ante las maniobras más oscuras del tandem Truman-Acheson, vaciló en afirmar que los Estados Unidos eran el único obstáculo que se levantaba entre nuestra libertad y nuestra esclavización. Ni siquiera cuando la diplomacia norteamericana actuaba con demagogia desenfadada en Africa y en el Próximo Oriente con vistas a reemplazar a Francia y a Inglaterra en esas regiones clave; ni siquiera cuando el general Marshall —ese "Premio Nobel de la Paz" que habrá hecho más para nuestra pérdida que Lenin y Stalin reunidos— se las arregló para que toda China cayera con sus inmensos recursos demográficos y económicos en la órbita comunista; ni siquiera entonces, quien escribe estas líneas aceptó considerar razonables los supuestos del neutralismo o, incluso, de una tercera fuerza dinámica. Grande ha sido mi equivocación. Lo que viene sucediendo en el mundo desde el 23 de octubre constituye la prueba de que jamás Estados Unidos pensó oponer al expansionismo comunista otra cosa que obstáculos verbales o acciones militares en áreas periféricas cuidadosamente delimitadas de común acuerdo con el agresor.

Acaba de revelarlo con claridad refulgente el modo con que el gobierno de Washington ha manejado a las Naciones Unidas en los asuntos de Hungría y de Egipto. En uno y otro asunto, Washington y las Naciones Unidas se han hecho culpables de la más tremenda traición a un Occidente al que pretenden encarnar y al que llevan irremediablemente a la ruina.

Ya no hay remedio. En la tercera guerra mundial desencadenada el 23 de octubre, el Occidente ha perdido las dos batallas iniciales, sin que, hasta ahora, los responsables de estas derrotas hayan sido barridos del mando de una coalición, excogitada por ellos y que se ha revelado inservible por culpa, precisamente, del Departamento de Estado, del Pentágono y de la Casa Blanca.

Coalición que, por lo demás, se ha derrumbado el día mismo de su entrada en acción. ¿O es que acaso no es suficiente para convencernos de esa realidad la extraña complicidad que ha unido, *en todas las votaciones* condenatorias de la acción anglofrancesa en Egipto, al



Ni un minuto antes
ni un minuto después

Sr. Cabot Lodge jr. y a su colega soviético en Lake Success? ¿O es que acaso no viene a confirmar esa coincidencia el que, en el mismo lugar, Estados Unidos haya echado tierra con tanto empeño sobre el asunto húngaro? ¿O es que no basta acaso que, antes de reaccionar en Budapest, Zhukov haya esperado una semana, término suficiente para convencerse de que, en Washington y Lake Success, su "conmilitón" se contentaría con propiciar una condena de pura forma?

Nosotros también, condenamos la agresión anglofrancesa, si es que se trata, como se finge creer en Washington, de una agresión no provocada, de una agresión que no se justifica por la serie más impresionante de tropelías que haya sido dado registrar desde los *pogromi* búlgaros de 1875. Pero recordemos también que toda alianza tiene sus servidumbres. La condición fundamental para que una alianza se revele eficaz es que, en ella, todos los aliados se sostengan mutuamente en toda oportunidad. ¿Qué hizo Alejandro I cuando Napoleón, con quien estaba en paz, entró en guerra con su aliado austríaco en 1807? ¿Qué hizo Guillermo II en 1914, cuando Austria-Hungría decidió poner término al bandolerismo de Belgrado, aun cuando ello provocara la reacción de Rusia y de Francia, aun cuando ninguno de los intereses del Imperio alemán estuviesen comprometidos, ni de cerca ni de lejos, en el asunto servio? La crisis aguda de carburantes en que Francia e Inglaterra —aliadas fidelísimas de Estados Unidos— se debaten a consecuencia de la reacción norteamericana frente a su agresión y la terrible crisis económica que se cierne sobre ellas, demuestran ampliamente que si las defensas occidentales se han derrumbado tan rápidamente ello es porque Washington sólo sabe mostrarse severo con los débiles y cobarde con los poderosos, severo con los únicos aliados que le quedaban, cobarde con sus enemigos. En la sesión inaugural de la conferencia de la NATO, Foster Dulles ha proclamado que "las Naciones Unidas y no la fuerza es el camino para resolver las disputas en el mundo". Pero, con ello, se refería, no a la fuerza que los rusos han empleado en Hungría sino a la que los anglofranceses han intentado utilizar en Egipto para resolver una disputa que las Naciones Unidas, manejadas por Washington, se negaban a encarar en sus justos términos.

La olla que la agresión francobritánica ha tenido el mérito de destapar, la olla siria, demuestra inconfundiblemente que Londres y París, en términos estratégicos, habían tenido toda la razón al considerar a Nasser como un agente muy consciente del imperialismo soviético. Ahora bien, puesto que la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono nunca un solo día cesaron de proclamar, desde octubre de 1952, que Norteamérica saldría a enfrentar al comunismo con todas sus fuerzas allí donde se decidiera a ejecutar un paso suplementario, directo o indirecto, y puesto que la política árabe del Kremlin constituye, a este respecto, un paso gigantesco que, sin oposición, ha situado a los rusos a orillas del Mediterráneo oriental ¿no estaremos justificados en pensar que, para esa triple cabeza de la política yanqui, Yalta y Teherán siguen constituyendo un ideal al que hay que volver pagando el precio que sea, aun cien mil cadáveres húngaros, la seguridad de Europa occidental, los petróleos del Próximo Oriente y lo que queda sin satelizar del continente asiático?

La lección básica de Yalta y de Teherán, esto es, el fondo del pensamiento rooseveltiano, que Eisenhower y Foster Dulles han recogido como lo recogieron Truman y Acheson, es la necesidad de suprimir todo rastro de colonialismo mediante la eliminación de la presencia *europea* por la exaltación del nacionalismo de los pueblos de color, lección estrictamente conforme como se ve a la que surge de la obra de Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*. Gracias a este mensaje y a esta coincidencia, Holanda perdió su imperio y Francia e Inglaterra ven esfumarse los remanentes del suyo.

Que los resultados no sean muy brillantes, Eisenhower y Foster Dulles son los únicos en ignorarlo. Al volverse Estado independiente, Indonesia no por ello se ha hecho soberana, puesto que en Jakarta (ex Batavia) Mao Tsé-tung ha reemplazado a la reina Juliana. Que algo parecido haya sucedido en la India ¿quién se atrevería a negarlo ante el espectáculo ofrecido por un Neheru que no disimula preferir la amistad de Chu En-lai a la de Foster Dulles? Y ¿qué clase de beneficios sacó la plutocracia yanqui al substituir a los franceses en Rabat y en Túnez, cuando los pobladores musulmanes de esos dos Estados soberanos e independientes se dedican a asesinar a los soldados de las bases norteamericanas ahora que la materia prima francesa empieza a escasear? Finalmente ¿cuáles han sido las ventajas cosechadas por Washington en Siria a partir del momento en que la desaparición de la influencia francobritánica en esa región ha abierto la puerta de par en par a la penetración comunista? Exactamente como está sucediendo en Jordania y como está a punto de suceder en Iraq. Como sucederá mañana en Arabia saudita, en Irán y en el Pakistán. Y ¿para qué hablar de Indochina? Lean *A quiet American*, de Graham Greene, y me darán la respuesta.

Ya que el eterno principio "*ôte-toi de là que je m'y mette*", base real de todas las revoluciones, tanto internacionales como nacionales, que inspiraba a Roosevelt así como inspira a Eisenhower, no ha surtido efecto positivo alguno para los Estados Unidos ni, todo bien considerado, para los mismos pueblos afroasiáticos liberados del yugo colonial. Hace dos siglos, Inglaterra echó a Francia de la India y del Canadá, pero lo hizo solamente cuando se hubo proporcionado los medios para calzar sus zapatos. Norteamérica ha querido calzar los zapatos de Francia y de Inglaterra en Africa y en Asia. Pero las ha echado sin fijarse en sus propias medidas y, llegado el momento, los zapatos dejados vacantes por los franceses y los ingleses se le han revelado inutilizables. En ciertos botines, no se entra porque sí o porque no, solamente se entra por ocupación militar o por imposición económica. Jamás con acompañamiento de cháchara libertaria. Siempre con fuertes palabras castrenses, que son la negación —con perdón de Don Américo Ghioldi a quien

Doña Alicia no se lo manda a decir— del lenguaje democrático, tal como se lo concibe en el Departamento de Estado y en nuestra Junta Consultiva.

Al eliminar a los franceses, a los ingleses y a los neerlandeses, los yanquis han querido seguir teniendo puestos los zapatos de los puritanos viajeros del *Mayflower*. ¡Sagradas Escrituras y buenos negocios! Con lo cual han creado un vacío abismático en Jakarta y en Nueva Delhi, en Karashí y en El Cairo, en Damasco y en Rabat. Y cuando han caído en la cuenta, el vacío estaba ocupado, o en vías de serlo, por los chinos y los rusos. Porque, mientras *the quiet Americans* siguen ignorando el arte de calzar los zapatos ajenos, hace cuatro mil años que los chinos practican ese arte al dedillo, y hace seis siglos que los rusos revelan tener plantas magníficamente prensiles para toda clase de calzado.

Calculen qué esfuerzo les ha costado a los chinos agarrar la batuta en Bandoeng, después de los miles de millones de dólares gastados por Estados Unidos en aras del nacionalismo antieuropeo de los pueblos afroasiáticos: dos discursos de Chu En-lai. Calculen asimismo qué les ha costado a los rusos, después de Yalta, instalarse en Varsovia y en Buda, en Praga y en Sofía, en Bucarest y en Tirana, después de los miles de millones de dólares gastados por Roosevelt en aras del antifascismo: tres o cuatro fruncimientos de cejas por el ciudadano Dzhugashvili. Calculen los gastos respectivos, y me dirán quien sufre por la comparación.

En París, bien pueden ponerse —formalmente— de acuerdo Foster Dulles y sus colegas del Pacto Atlántico para proclamar la necesidad de considerar este instrumento como irreemplazable en lo político, lo económico y lo militar. Bien pueden pronunciar, con tono solemne, hermosas frases acerca de la dignidad de los hombres y de la libertad de las naciones. Bien pueden hacer *a' faccia feroce* para afirmar que "¡hasta allí, no más!" Bien pueden contar gloriosamente sus tropas y recalcar que la ventaja de ciento cuarenta divisiones de la que gozan los rusos es más ilusoria que real, ya que sólo puede vencer quien lucha por la democracia. Pero allí están los cien mil muertos de Budapest y de Pécs, y allí están los rusos en Damasco y en Kabul, en Praga y en Pankow, esto es, cuando lo deseen, en Rabat y en Nueva Delhi, en Roma y en París, relamiéndose los labios ante la proximidad de tantas riquezas.

¿Qué les parece la representación ofrecida a la honorable clientela por el dúo "Ike & John"?

ALBERTO FALCIONELLI.

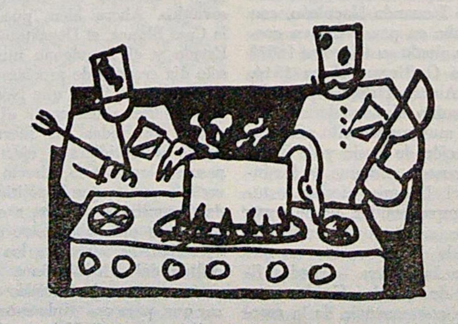
HACIA UNA CONCEPCION REALISTA DE LA HISTORIA ARGENTINA

I. Introducción

No negaré que estas reflexiones son motivadas, de una manera inmediata, por los últimos acontecimientos de orden educacional que han ocurrido en la ciudad de Córdoba. Me refiero a la huelga de la Escuela Normal Superior. Durante la misma se encontraron destruídos en el local de la escuela algunos retratos de Sarmiento. Con ese motivo se organizaron varios actos de desagravio al prócer, en los que, en general, después de algunas palabras laudatorias, los oradores se concentraron en ataques y expresiones de carácter político-ideológico. El observador imparcial no podía menos de preguntarse en qué grado era conocida y comprendida la personalidad de Sarmiento por esos, muchos de ellos, fanáticos admiradores y defensores suyos. Porque los discursos abundaban en adjetivos sonoros, títulos honoríficos, lugares comunes y frases hechas, pero no evidenciaban una comprensión de la fuerte personalidad del gran sanjuanino. Esta, repito, es la causa inmediata que me ha llevado a expresar por escrito las consideraciones que expondré dentro de un momento. Pero en realidad estos pensamientos se han ido formando poco a poco en mi espíritu, como resultado de algunas lecturas históricas y de una observación que pretende ser desinteresada de la realidad argentina. Son quizás el principal fruto de mis estudios en la Escuela de Historia de nuestra Universidad. En efecto, la adquisición de una cierta actitud mental, crítica, imparcial y tolerante para apreciar los actos humanos de trascendencia social, tanto pasados (históricos) como contemporáneos (políticos), siempre será más valiosa que la acumulación enciclopédica de un cierto número de conocimientos, cualquiera sea su importancia.

II. La actitud crítica, esencial en todo estudio histórico

No está de más destacar la importancia fundamental que tiene el espíritu crítico en todo estudio histórico. No sólo en los trabajos especializados, destinados a sostener una tesis o publicar una obra cualquiera, sino en *todo* estudio, aun superficial, de historia. Espíritu crítico que debe desarrollarse en el niño en la escuela primaria, en el adolescente en la enseñanza media y en el adulto en su contacto con lecturas históricas. Esto es precisamente lo contrario de lo que se hace en la enseñanza de la historia en nuestro país. Todo comentario u opinión adversa o dubitativa con respecto a algún hecho protagonizado por un prócer "oficial" es reprimido en nuestros institutos de enseñanza. Y esto en nuestra época, cuando todas las modernas tendencias pedagógicas consideran, como uno de los principales fines de la educación, el desarrollo en el educando de una mentalidad independiente, habituada a resolver los problemas por sí misma; cuando se sostiene que la función guiadora del maestro debe realizarse no en base a su sola autoridad, sino introduciendo al estudiante en los hábitos del razonamiento y la crítica. Sin embargo, en la enseñanza de la historia se aplica, en general, el método del "magister dixit", o bien se reemplaza al "magister" por algún autor de manuales más o menos divulgados. Los personajes históricos son presentados en forma unilateral, mostrando sus aspectos favorables y ocultando los adversos, o viceversa. Los juicios sobre los mismos son o total y absolutamente laudatorios o condenatorios. Esta misma *tendencia a juzgar*, cuando es dominante en el estudio histórico, la considero nefasta para un real conocimiento y una verdadera comprensión de los hechos y los personajes. A ella se debe esa absurda "politización" de nuestra historia, que tanto asombra a los extranjeros y que es una característica única de nuestro país. Entre nosotros, efectivamente, hay "sarmientistas" y "rosistas", tanto como hay (o hubo) peronistas y frondizistas, radicales y demócratas. Un apasionamiento de carácter político invade el campo histórico, donde su presencia es completamente extraña y donde no puede aportar nada constructivo. Aunque no se atribuya a la historia el carácter de "ciencia" en sentido estricto, no se podrá negar que estamos en presencia de una disciplina organizada, con su objeto bien delimitado y con sus métodos propios de investigación y estudio. Una disciplina, en fin, para cuyo cultivo, como en el de cualquiera otra, es necesario proceder con un espíritu libre de prejuicios, buscando sólo y exclusivamente la verdad. Pero cuando se incursiona en el ámbito histórico en busca de ejemplos o apoyo para defender definiciones políticas, no gana nada la política y pierde mucho la historia. Porque el hecho de que San Martín y Belgrano hayan propiciado la monarquía, que Sarmiento fuera o no partidario de la enseñanza laica, o que Mitre defendiera el libre cambio, no puede invocarse como argumento en una polémica política. La política busca el bien común en un momento y lugar determinado y no pueden traerse en apoyo de sus planteamientos opiniones de personajes que actuaron en una época en que las condiciones sociales, económicas y políticas de nuestro país eran tan diferentes de las actuales. Por otra parte, aun considerando que esas opiniones pudieran tener vigencia en nuestros días, nada se opone a que las rechacemos como erróneas; también los grandes hombres suelen equivocarse.



El fin de la aventura

III. La tendencia a la deificación de los próceres

La falta de espíritu crítico, la desmesurada tendencia a juzgar y el estudio de la historia en base a hechos aislados, descuidando la consideración de sus causas, ha producido ese fenómeno curioso que es la deificación de un numeroso grupo de personajes históricos. Se ha edificado así una verdadera "mitología patriótica" con su conjunto de dioses, héroes y semi-dioses, por otra parte contrapesados por un Averno poblado de espíritus infernales. Casi todos los dioses de este Olimpo singular han sido favorecidos por el dogma de la infalibilidad y ello explica que sus opiniones sean tantas veces invocadas para resolver problemas actuales.

Las consecuencias funestas de esta tendencia son muchas, no sólo desde el punto de vista histórico, a lo que nos referiremos en el punto siguiente, sino también desde un punto de vista humano y político, y de esto nos ocuparemos brevemente ahora. Mucho se ha condenado, y con razón, el proceso de adulonería desenfrenada que rodeó la gestión del gobernante depuesto; también se condenó la división del país en dos bloques, de patriotas y vendepatrias, atribuyendo todas las virtudes a unos y cargando con todos los vicios a los otros. Esta mentalidad intolerante y sectaria (que desgraciadamente aún no ha desaparecido, aunque se ejerce en sen-

tido inverso después de la Revolución de setiembre) ¿no se explicará en cierto modo como un efecto de esa tendencia, común en la enseñanza de nuestra historia, de dividir a los personajes que participaron en la vida pública argentina en "réprobos" y "elegidos"? De aplicar ese molde, con gran apasionamiento, a hombres que actuaron hace un siglo o más, a usarlo también con respecto a los que actúan contemporáneamente, sólo hay un paso. Si se desconoce toda contribución positiva en la vida del país a un cierto número de figuras de importante actuación pública, si nos fijamos sólo en hechos aislados y no consideramos suficientemente sus causas, tendremos una visión incompleta, unilateral y sectaria de la historia, muy susceptible de abarcar también el campo político, ya que su ingreso a la historia es sólo cuestión de tiempo. Dejo planteado el interrogante; sea su contestación afirmativa o negativa, lo cierto es que la enseñanza de la historia poco o nada ha contribuido a la formación de una mentalidad imparcial, objetiva y tolerante en nuestro pueblo.

Por otra parte, los que participan de esta concepción mitológica de la historia se encuentran en apuros para explicar las diferencias, oposiciones y enemistades entre próceres que son actualmente reconocidos como tales; por ejemplo, las opiniones de Sarmiento sobre Artigas y Güemes, o las medidas de Rivadavia respecto de San Martín. En efecto, ¿cómo es posible que estos seres superiores, perfectos e infalibles, puedan haber chocado entre sí? Es éste un hecho que hace peligrar el orden y la armonía del Olimpo patriótico, y que por lo tanto se trata de ignorar o soslayar cautelosamente. Por supuesto que al auténtico historiador, mucho más inclinado a comprender que a juzgar, tales diferencias no lo preocupan en lo más mínimo, y sólo trata de interpretarlas históricamente.

IV. Consecuencias funestas de esta tendencia

a) *La deshumanización de los próceres*: Aparte de las indicadas consecuencias de orden político-social, más o menos probables, hay otras de orden histórico que no pueden ignorarse. En primer lugar, lo que podríamos llamar "la deshumanización de los próceres". Al exaltarlos a un plano tan alto se les hace perder contacto con la realidad, y en la mentalidad del estudiante y del pueblo en general dejan de ser personas concretas, hombres de carne y hueso que lucharon, sufrieron, amaron y odiaron en su paso por la vida, para transformarse en entes abstractos, fríos y alejados, con los que poco o nada tenemos de común. Se desvirtúa así el único resultado favorable que podría esperarse de un excesivo ensalzamiento de los próceres: la imitación de sus virtudes. El tanto alabar y ensalzar cansa, deja de ser sentido y se transforma en costumbre; todos los que asisten a la conmemoración de alguna efemérides patria o acto en honor de nuestros grandes hombres, ya van resignados a oír una serie de lugares comunes que se viene repitiendo desde hace décadas. ¡Qué pocos son los que tratan de presentarlos en forma realista, como lo que verdaderamente fueron, grandes hombres con fuertes personalidades, en lucha contra sus propias pasiones y las de sus contemporáneos, con sus errores y sus aciertos, sus ideales y sus pequeñeces! ¡Cuánto más cerca de ellos nos sentiríamos al verlos así! Apreciaríamos más sus grandes obras al reconocerlas como el resultado de una lucha entre hombres, comprenderíamos mejor nuestra historia, síntesis de tesis y antítesis encontradas, y tendríamos una visión más amplia y completa de los valores de nuestra nacionalidad.

b) *El sectarismo liberal*: Sin embargo, por muchos años, predominó en algunos de nuestros historiadores y en la mayoría de los escritores de manuales una tendencia a contemplar nuestra historia en forma unilateral. La Argentina, según ellos, es la obra de un cierto grupo de hombres, cultos, ilustrados, visionarios que debieron imponer sus ideales en contra de la oposición de otros hombres, ignorantes, sanguinarios, retrógrados. El dilema "civilización vs. barbarie" fué usado, explícita o tácitamente, para explicar nuestro desenvolvimiento histórico, especialmente en el período 1820-1853. Algunas grandes obras históricas (las de Mitre y Vicente F. López por ejemplo), de un valor innegable pero que no pueden aceptarse al pie de la letra, especialmente porque sus autores fueron protagonistas de los sucesos o sienten una exagerada simpatía hacia algunos de los personajes, fueron tomadas, sin ningún examen crítico, como fuentes principales por muchos historiadores liberales. Esto llegó a suceder incluso con obras evidentemente no-históricas como el "Facundo" de Sarmiento.

Todo lo que hemos dicho precedentemente sobre la falta de espíritu crítico, la excesiva tendencia a juzgar, la deificación de algunos personajes históricos y la condenación absoluta de otros, son fallas frecuentes en la escuela historiográfica liberal.

c) *El extremismo revisionista*: Es un hecho generalmente aceptado que todo extremismo engendra otro en sentido opuesto. Así el extremismo liberal explica el extremismo revisionista (del que no estuvo libre el que esto escribe). Mucha gente con sincera vocación por la historia no tardó en descubrir que ésta, en nuestra patria, había sido escrita sin imparcialidad ni espíritu crítico; y que los historiadores habían sido excesivamente benévolos con algunos de nuestros personajes históricos y totalmente injustos con otros. La escuela historiográfica revisionista nació así con una fuerte actitud polémica frente a la historia oficial hasta entonces unánimemente aceptada. Por otra parte los historiadores revisionistas están embanderados, en su mayoría, en tendencias políticas de fuerte tinte anti-liberal. Por ello, desgraciadamente, el revisionismo en general no estuvo exento de las fallas que se atribuyeron a los historiadores liberales (falta de imparcialidad y espíritu crítico). La mayoría de las veces se limitó a hacer una crítica demoledora a los prohombres de la historia oficial, a menudo unilateral e injusta, al mismo tiempo que ponía por las nubes a los hasta entonces proscriptos de la honra pública. Planteado así el estudio histórico, en actitud combatiente, las discusiones trascendieron el ámbito académico y ganaron la calle. Algunos sa embanderaron en la corriente revisionista (llamada "rosista" por sus adversarios) y otros siguieron defendiendo a los próceres de la "guardia vieja". Fueron características comunes de ambos sectores, la intolerancia, el fanatismo y la obstinación en no reconocer nada al adversario. La historia y la política se mezclaron y confundieron. Algunos monumentos fueron ultrajados; leyendas con vivas o mueras a personajes históricos aparecieron en las paredes. A los gritos de "Viva Rosas" y "Muera Sarmiento" o vice-versa chocaron las facciones y no han sido pocos los caídos en estas luchas de grupos antagónicos.

Pero, aunque como hemos dicho, la nueva escuela historiográfica compartía muchos de los vicios de la antigua, no puede negarse que su aporte positivo al estudio de la historia patria ha sido muy grande. Su mismo tono polémico la obligó a un estudio exhaustivo de las fuentes documentales, se quebró ese respeto y temor casi supersticioso que aureolaba a nuestros próceres, aumentó considerablemente el interés por los estudios históricos, extendiéndose a amplios sectores populares, y personajes y movimientos que hasta ese momento habían sido mal o insuficientemente estudiados (vgr. los caudillos) fueron objeto de una atención más detenida, valorándose mejor su contribución al desarrollo del país.

V. Hacia una comprensión positiva y realista de nuestra historia

En el desarrollo de la historiografía universal se distinguen generalmente tres fases. Primero, el período de la historia narrativa, el más primitivo, en que los historiadores se contentan con relatar los hechos que llegan a su conocimiento, sin someterlos a ningún examen crítico en cuanto a su veracidad (Herodoto, Tucídides). Segundo, el período de la historia pragmática, en que el historiador escribe sobre todo guiado por un fin de utilidad práctica: el dar normas o bases para la actuación de los hombres en general y de los gobernantes en especial (Cicerón: "historia magistra vitae", Maquiavelo). Y por último el período de la historiografía genética, el más reciente, y en el cual la historia se aproxima a la adquisición del carácter de ciencia. Esta escuela nace en Alemania en el siglo XIX y son sus principales representantes Niebuhr (su precursor), Leopoldo von Ranke y Mommsen. Se caracteriza por el empleo del método filológico en su doble faz crítica: externa (autentificación de la fuente) e interna (verificación de su contenido) y por el estudio de los hechos históricos en relación con el complejo de causas que los motivaron y los efectos que los sucedieron. La historiografía genética ha asentado preceptos y empleado métodos que ya no pueden ser ignorados en cualquier estudio histórico de alguna seriedad.

Me he permitido estas breves disgresiones para hacer resaltar la necesidad de que en nuestro país no sólo se escriba sino que también se enseñe la historia con mayor probidad científica, superando la faz puramente narrativa y aplicando el espíritu y los métodos de la historiografía genética; abandonando esa tendencia a mostrar los personajes históricos como genios del bien o del mal, aparecidos por generación espontánea, y tratando más bien de analizar la historia en su concatenación causal. Ello nos permitirá conocer y comprender

DEDICATORIA

Si las palabras fueran, como labios,
como lenguas dulcísimas del aire,
fervor sobre tu piel,
persuasivas irían por tus sienes,
tal despaciosa mano sobre el temblor del agua.

Pero la voz no alcanza, sin embargo,
y al arte sólo queda
distraerse de su derrota
robándole al olvido la perdida nostalgia,
puntualmente diciendo
lo que antes fuera ausencia, la amistad de tus tardes.

AUGUSTO FALCIOLA.

mejor la vida pasada y presente de nuestro país, y evitará ese espíritu politizante y sectario que tan a menudo invade el ámbito de la historia.

Por suerte, esa actitud realista y desinteresada se va imponiendo poco a poco. Un ejemplo de ello es la actual concepción que se tiene del aporte positivo de la "montonera" en el desarrollo institucional del Río de la Plata; a pesar de toda su "barbarie" fué la montonera la que defendió la independencia, la república y el federalismo cuando las "élites" del puerto eran partidarias de todo lo contrario. A este respecto es significativa la conferencia "Sarmiento y Artigas" pronunciada en el Museo Social Uruguayo (agosto de 1945) por el doctor Alfredo L. Palacios, en la que "da al César lo que es del César" (y es mucho) pero no más.

VI. Influencia del espíritu histórico en la vida política

El espíritu histórico —libre de preconceptos, imparcial y crítico— aparte de sus positivos beneficios en la investigación y enseñanza de la historia, puede contribuir en buena medida a una mejor y más pacífica convivencia en la "polis" argentina.

Hará posible una mejor y más amplia comprensión de la difícil situación actual de nuestra patria y contribuirá a crear un clima de tolerancia entre los argentinos, al permitir un justo deslinde de responsabilidades. Como el "caso Rosas" quizás no hubiera sido posible si los unitarios no hubieran asesinado a Dorrego, "el caso Perón" no se hubiera dado sin el fraude "patriótico", la entrega de la economía y la injusticia social que lo precedieron. Tengamos cuidado, pues, al lanzar la primera piedra. Todos los argentinos, en última instancia, cualquiera sea nuestra actitud personal, somos responsables de lo que haga y sea la Argentina en el curso de su historia. Y si esa solidaridad nacional que nos une pudo comprometernos en algunos yerros, nos ha elevado también a grandes e imperecederas glorias.

MARIO A. BOTTIGLIERI.

LAS SECTAS DISIDENTES

Aunque al hacer esta nota tuvimos en vista las sectas protestantes, vale también para las sectas masónicas, laicismo, neutralismo de Estado, democratismo liberal, socialismo, semicatólicos, etc., todas las formas negativas de vida social que coinciden en la negación de la integridad de la fe.

En el prólogo de un libro reciente, hemos leído: "Depuis quelques années, diverses sectes, «bibliques», "eschatologiques", "guerisseures" et autres depleient une activité intensifiée en plusieurs pays d'Europe" (Sectes Modernes et Foi Catholique, por M. Benoit Lavaud O. P.).

No sólo en Europa sino en nuestro país, las sectas protestantes desarrollan una intensa labor. Aquí en Argentina, el asunto ha preocupado, entre otros al Exmo. señor Obispo de Resistencia, Monseñor Enrique Rau en un enjundioso trabajo: "Nuestra Defensa contra la propaganda protestante".

Nuestra *Nota* tiene por objeto poner de manifiesto lo siguiente: 1º) Debemos guardar la integridad de la Revelación y de la fe; 2º) Lo que las sectas poseen de positivo, está ya en su estado auténtico en la Iglesia Católica; 3º) Las sectas disidentes subsisten solamente por su polémica contra la Iglesia, o como religiones de Estado; 4º) Su contenido religioso es un humanitarismo naturalista, que busca sus antecedentes históricos en la historia de las religiones; 5º) Como estructuras religiosas, los cultos disidentes no encierran ningún valor positivo, y muchos negativos, en orden a la justificación o salvación del hombre, por la subestimación total o parcial de la verdad revelada; 6º) Como estructuras sociales, ocupan un lugar, hacen proselitismo, denigran a la Iglesia y siembran la confusión en las conciencias; 7º) Llevan el problema de la verdadera Iglesia a la calle, por así decir, que queda insoluble para muchos incautos, a los cuales apartan de los medios de salvación; 8º) Las sectas disidentes (evangélicos, luteranos, metodistas, mormones, etc.), modifícanse, subdivídense, cambian constantemente de contenido religioso, no representando ningún valor ni para el hombre ni para la sociedad.

El culto no es un problema artístico-literario, a resolverse por la tradición o por el folklore; es un problema de justicia. La Reforma, como la mayor parte de los movimientos reformistas, enarboló su bandera de "protesta", por defectos reales en la Iglesia, que interesaban la justicia en las relaciones del hombre con Dios.

Esto es verdad y no lo negaremos. Los historiadores hablan de abusos, carencia de vida interior, caída en el profesionalismo, legalismo y lo que podría denominarse espíritu administrativo.

Pero una cosa es pugnar por la fe y la vida interior, otra el negar la integridad de la Revelación. Tal es el caso de las sectas protestantes. Por tal motivo, afirmamos que no tienen razón de ser, ni representan ningún valor positivo para el hombre o para la sociedad. Abogaron por la fe, pero negaron el objeto de la fe: la revelación divina. Apelaron al Evangelio, y redujeron su contenido a un humanitarismo sentimental. La fe sin objeto, y con el arma del libre examen, entabla arrogante polémica cuatro veces secular, contra los libros inspirados, y termina en credulidad de fenómenos históricos y sociales.

Divididas y subdivididas, con un contenido de creencias que varía y se modifica constantemente, las sectas protestantes nada serio pueden decirnos acerca de la salvación.

La presencia de sectas disidentes de la Iglesia en nuestro país, obliga a plantearnos el problema de su valor en orden al bien de la comunidad.

El problema de las confesiones religiosas, es el problema del culto debido a Dios, y el problema de nuestra salvación. Ni luteranos, ni calvinistas, ni metodistas, ni mormones, etc., etc., ninguna secta protestante reune las condiciones de justicia para el culto debido a que Dios tiene derecho en la actual economía de la Redención. No representan entonces, ningún valor positivo en orden al bien común.

Probarlo es fácil:

a) La religión, el culto, es un servicio de justicia, como ya lo hemos expuesto. Debe ser interior, cordial, *pero atenerse a las condiciones prescriptas por la ley divina positiva de la revelación.* La misión de la Iglesia es canalizar las fuerzas espirituales del hombre, en la unidad de la misma fe y del mismo amor sobrenatural.

Los cultos disidentes *no se atienen a la ley de la revelación;* niéganla total o parcialmente. Luego no constituyen un servicio de justicia para con Dios; por lo tanto una adulteración, e injusticia formal.

La salvación depende de la justicia; su nombre paulino es justificación.

Faltar a la justicia o *una* justicia adulterada no constituye un bien positivo para la comunidad humana. Luego los cultos disidentes, no constituyen un bien propiamente dicho para el hombre, constituyen una formal injusticia.

La implantación de una nueva escuela artística o literaria es algo en sí indiferente, que poco interesa a la justicia; la misma variedad puede ser un bien positivo. Pero tratándose de Dios, de la integridad de la fe y del culto, interesa vitalmente al hombre, quien para salvarse debe encontrar los cauces comunes de la justificación.

b) En las cuestiones sobre el martirio y la herejía, Santo Tomás expone cuánto importa la integridad de la revelación.

Al tratar de la herejía, afirma el Santo, que debe castigarse al hereje con la pena capital: "...non solum excommunicari sed et juste occidi" *II-IIae., q. XI, a. 3.* La razón, es el gravísimo daño a la comunidad. Antes de la perdición de todos, o de un gran número de seducidos por la herejía, es mejor la de uno solo.

Hereje es quien atenta contra la integridad del dogma o de la revelación. Implica un rompimiento culpable de la unidad de la fe; en el orden social implica la creación de estructuras seudo-espirituales que entorpecen la clara visión de las condiciones de salvación. En la cuestión del martirio reaparece la importancia de conservar la integridad de la revelación, y la fe.

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Independencia 1194 Buenos Aires

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 3.—

Suscripción anual .... $ 60.—

Prefiero la muerte y salvar mi alma antes que perderme en cuerpo y alma en el infierno. El martirio como acto supremo de la fortaleza, supone como bien máximo la integridad de la revelación, objeto de la fe sobrenatural.

c) Las doctrinas sobre pluralismo religioso, laicismo, libertad de cultos o tolerancia, difícilmente dejan de implicar una subestimación de la fe.

El bien del hombre dice Santo Tomás, al tratar de esta cuestión del martirio, consiste en la verdad como en su propio objeto, y en la justicia como en su propio efecto. *(II-IIae., q. 124, a. 1)*. Quiere decir que el bien para el hombre consiste en radicarse en la verdad, y respetar en el orden práctico todos los postulados de la justicia. Una forma cultural que niega la integridad de la fe implica una desobediencia contra la verdad y una injusticia concomitante. Injusticia ante Dios equivale para el hombre a la condenación.

Luego jamás será bien positivo para el mismo hombre.

Supuesta la paridad de cultos, supuesta la justicia de las sectas disidentes, el martirio no tendría ninguna razón de ser. La teología justifica el martirio, para salvar los valores supremos de verdad revelada y de justicia. Si la verdad de la fe no fuera realmente un valor supremo, superior a la propia vida, no habría porqué perderla.

En el martirio la justicia consiste en salvar la integridad de la revelación aún al precio de mi propia existencia.

Si la paridad de cultos fuera justa, lo mismo daría la revelación íntegra, que otras creencias parciales. Luego la justicia no podría exigir por aquello, la inmolación de la propia vida.

Lo que implica en síntesis, un valor supremo, es la firmeza en la verdad revelada, objeto de la fe. Tal firmeza es lo justo delante de Dios. Luego debe mantenerse. El hombre, ser creado por Dios, no puede poner en duda la palabra de Dios. Negar total o parcialmente la palabra de Dios entra en categoría de injusticia y es pecado.

Luego ninguna secta, confesión religiosa o política que niegue total o parcialmente la revelación divina, pueden sustentarse; ningún laicismo o indiferencia religiosa pueden en rigor justificarse. Construir en el Orden, es el camino de la paz.

A. García Vieyra, O. P.

INDICE DEL AÑO 1951

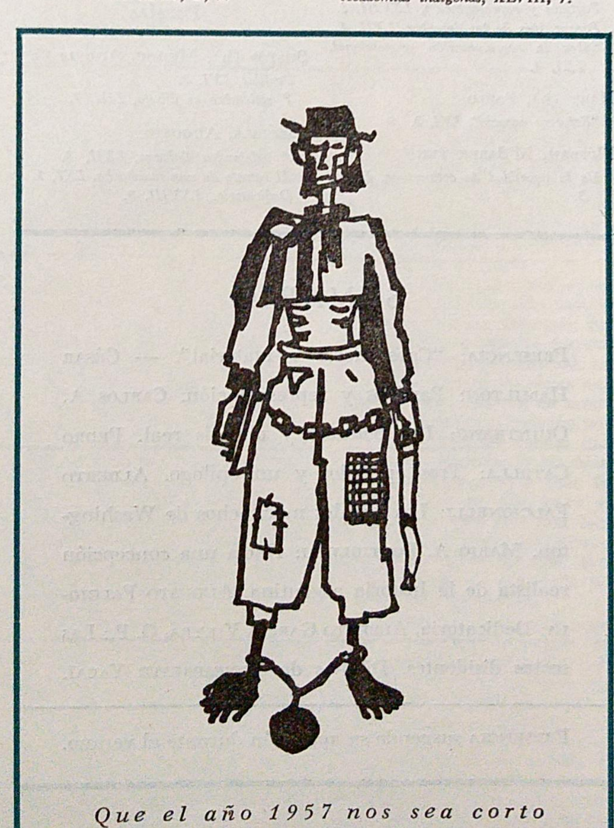
Editoriales

Artículos

Poesías

Cuentos

Notas y comentarios



Que el año 1957 nos sea corto

Reseña de lecturas

Transcripciones

Correspondencia

Ilustraciones

"Los cuatro palos" y "La historia de la buena pipa", dibujos y viñetas de Ballester Peña para todo el año.

Diagramó Augusto Falciola.

INDICE DE 1955 y 1956

Editoriales

Artículos

Poesías

Notas y comentarios

Transcripciones

Correspondencia

Varia

Ilustraciones

Diagramó Augusto Falciola.

SUMARIO

Presencia suspende su aparición durante el verano.